



LA VIDA DE OTTO

Pedro José Pérez

LA VIDA DE OTTO



Primera edición: octubre 2024
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Pedro José Pérez

ISBN: 978-84-10400-54-2
ISBN digital: 978-84-10400-55-9
Depósito legal: M-22644-2024

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

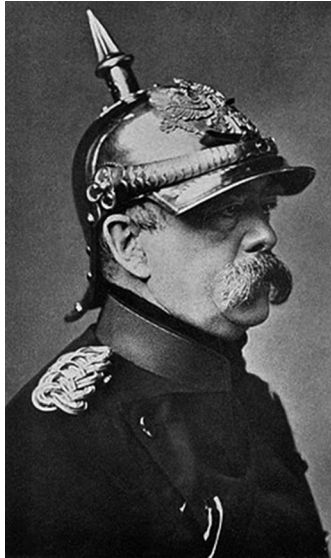
*A mis padres, Laura y Pedro y a mi mujer Nuria,
porque son mi vida y esta es también su vida*

Parte I

La mujer estaba en la cocina cuando escuchó llamar a la puerta. ¿Quién sería? No esperaba visitas y las personas que de vez en cuando venían a verla a la vieja casa del bosque ya estaban en el salón. Era su sesenta y siete cumpleaños y lo estaba celebrando con sus hijos y sus familias. Abrió la puerta y al otro lado había un hombre de avanzada edad y pelo canoso. La mujer hizo ademán de preguntar, pero no salió ninguna palabra de su boca. Al mirarle a los ojos, reconoció aquel brillo que la transportó a un tiempo pasado. El hombre se dio cuenta de que lo había reconocido. Tampoco habló, solo sonrió. La mujer, al verlo sonreír, supo que todavía lo amaba. Habían pasado cuarenta y cinco años desde su despedida en aquella misma puerta.

Capítulo 1

Krippen, 1897-1905



Otto von Bismarck.

Mi nombre es Otto y nací el 3 de noviembre de 1897 en Krippen, en el Reino de Sajonia. Mi padre se llamaba Peter Hoffmann. Por insistencia de mi abuelo, eligió mi nombre en honor de Otto von Bismarck, el canciller prusiano artífice de la unificación alemana.

Mi abuelo había luchado bajo sus órdenes en la guerra franco-prusiana de 1871, una contienda que acabó con el triunfo de Prusia y sus aliados frente a las tropas francesas. Después de aquella victoria, se formó el Segundo Imperio alemán: el II Reich.

Otto von Bismarck fue un gran estadista que supo mantener el equilibrio entre los estados europeos de la época. Mi abuelo lo consideraba como el gran líder que había devuelto la grandeza perdida a Alemania. Pero Bismarck entró en decadencia política en 1888 con la coronación del káiser Guillermo II. Las ideas más expansionistas del nuevo emperador chocaban con la visión más estadista de Bismarck, que tenía como principal objetivo el equilibrio entre potencias y la no confrontación como garante de la estabilidad. Al no poder garantizar estas ideas con el nuevo emperador, Bismarck presentó su renuncia en 1890.

Krippen es un pequeño pueblo en la ribera del río Elba, situado a cuarenta y ocho kilómetros de Dresde. Mi padre era ferroviario y vivíamos en una pequeña casa a pie de vía, justo al lado de una antigua estación, en desuso desde 1877 debido a que en ese año se había inaugurado la gran estación de Schandau a menos de cinco kilómetros.

La casa donde nací pertenecía al ferrocarril. Para acceder a ella, mi padre debió cumplir dos condiciones: ser capataz y estar casado.

Como encargado, tenía a su mando a seis hombres y un caballo, también propiedad de la compañía de ferrocarriles. Sus funciones eran mantener la vieja estación y unos diez kilómetros de vía en perfecto estado.

Era un hombre fuerte y respetado por sus trabajadores. Cuando había que cambiar una traviesa de la vía o hacer un gran esfuerzo, él se implicaba como el resto (algo que pocos capataces hacían desde allí a Dresde).

Mi madre se llamaba Laura Zimmermann y era delicada y muy bella, nada que ver con el dejado aspecto de la mayoría de las madres de mis amigos. Ella había nacido a unos pocos kilómetros de Krippen, en La Condesa, una preciosa hacienda rodeada por el río Kirnitzsch, en la frontera con Chequia, y donde vivían mis abuelos. Mis padres se conocieron en Dresde, a donde Peter llegó con dieciséis años para formarse en la escuela de aprendices del ferrocarril.

Se casaron muy cerca de La Condesa, en la iglesia de Lichtenhain, el 30 de junio de 1892. Inicialmente no contaron con la aprobación de mis abuelos maternos, aunque poco a poco el carácter amable y familiar de mi padre hizo que la relación fuera mucho mejor. Al año de la boda, nació Laura, dos años después, Amelia y, finalmente, yo.

Era todavía muy pequeño cuando un día Amelita no se encontraba bien. Tosía insistentemente y, al llegar la noche, le subió mucho la fiebre. Mi madre despertó a mi padre y, alarmada, le pidió que fuera a buscar al doctor.

En Krippen no había médico, pero sí en la vecina Schandau, en la otra orilla del río. Una barcaza que lo cruzaba comunicaba los dos pueblos, pero a esas horas de la noche ya no navegaba. Por esa razón mi padre montó en su caballo y cabalgó hasta el paso más cercano. A cinco kilómetros, a la altura de la nueva estación de Schandau, el puente Carola unía las dos orillas.

Había pasado casi una hora cuando mi padre sacó a gritos de la cama al viejo doctor. Cuando llegaron media hora después, Amelita había empeorado. El doctor no pudo hacer nada por ella y Amelita falleció a las tres de la madrugada, con solo cuatro años.

Mi madre ya nunca sería la misma; su aspecto delicado iba siempre acompañado de amargura. Seguía siendo bella, pero era difícil

ver su bonita sonrisa. Mi padre la amaba e intentaba hacer todo lo posible para que se sintiera mejor. Muy pocas veces le reprochó su estado de ánimo recordándole que tenía otros dos hijos a los que querer.

Eran tiempos difíciles. Aunque la comida escaseaba en la mayoría de las casas, en la nuestra podíamos sentirnos afortunados. Contábamos con el buen sueldo de mi padre, una pequeña huerta detrás de la casa, gallinas, un par de cabras que nos daban leche fresca, conejos y un cerdo que criábamos todo el año.

Recuerdo que, cuando mataban al cerdo, yo escapaba a más de dos kilómetros de distancia. La primera vez que asistí a la matanza parecía un día de fiesta. Todos estaban contentos. El cerdo había vivido un año a cuerpo de rey y ese día le tocaba devolver todo lo que había recibido. Era su parte del trato, que no estaba dispuesto a respetar y lo puso claramente de manifiesto, chillando y dando dentelladas como si fuera un jabalí acosado por perros en el monte.

Nunca tuvo la gracia de sus verdugos. El cien por cien de su cuerpo era necesario para la subsistencia familiar. Los jamones se vendían a un carnicero del pueblo; el tocino, junto a los huesos descarnados se salaban. Una parte de la carne se ahumaba y con el resto se hacían salchichas y embutidos para todo el año.

Además, todos los martes pasaba el tren del pescado procedente del mar del Norte. En ocasiones, al acercarse a nuestra casa, bajaba la velocidad y un maquinista nos lanzaba una caja de pescado.

Por las mañanas, mi hermana y yo acudíamos a la escuela de Krippen, situada a unos dos kilómetros de nuestra casa. Era un edificio pequeño de una sola aula y con un único maestro, que vivía en el piso superior. En la escuela todos los niños del pueblo estábamos juntos y el profesor daba las materias a grupos de niños separados por la edad.

Cuando volvía de la escuela, me encargaba de sacar a pastar a las cabras en un gran prado que había detrás de la casa. Las cabras me adoraban. Jugaban conmigo dando saltos y subiéndoseme encima. Eran mis amigas. Aquel era mi momento especial del día.

Después de brincar un rato con ellas, dejaba volar mi imaginación jugando a ser ferroviario.

En una parte del prado tenía mi propio ferrocarril. Aun teniendo una buena situación económica, comparada con la de muchos de mis amigos, la única posibilidad de tener juguetes era fabricándomelos yo mismo.

Hacía surcos en la tierra, donde con pequeñas puntas clavaba las vías hechas con trocitos de madera que sacaba de las cajas de fruta. Aprovechaba el terreno para hacer puentes y túneles.

Los trenes los hacía con latas de conservas vacías. Empezaba por la máquina locomotora, que consistía en un bote de pimientos al que clavaba por debajo una tabla. A esta tabla le insertaba transversalmente dos tablitas más pequeñas, donde colocaba las ruedas. Estas las hacía con las rodajas de un tapón de corcho que previamente había agujereado. Al bote de pimientos le clavaba una lata de sardinas modificada con las mismas tablas y ruedas de corcho. Ya tenía la máquina con su depósito de carbón.

Los vagones los hacía del mismo modo con más latas de sardinas. Finalmente, a todas las latas les hacía un agujero que unía con cuerdas y que iba anudando de vagón en vagón. De este modo, tenía mi tren, que movía con una cuerda atada a la máquina.

Se me pasaban las horas soñando que era el maquinista del tren más rápido de Alemania. Muchas veces, los gritos de mi madre me despertaban de mi imaginación: «¡Otto, a cenar!», «¡Otto, desgraciado, las cabras se están comiendo los repollos de la huerta!». En ese caso, me iba a dormir sin cenar y con un coscorrón. Menos mal que mi hermana me traía a escondidas parte de su cena, que al menos dos veces a la semana eran latas de sardinas. Mi madre tenía una alacena llena de ellas.

Un día, mi madre me contó que un tren lleno de pescado y conservas había descarrilado de la vía. Mis padres ya dormían cuando sucedió el accidente. La casa tembló y el gran estruendo los despertó. Mi padre estaba seguro de lo que había pasado. Montó a Odín y cabalgó todo lo rápido que su lento caballo podía. Cuando

llegó al accidente, la máquina estaba en llamas. Varios hombres gritaban sin saber qué hacer.

Los dos maquinistas habían quedado atrapados dentro de la locomotora y el fuego estaba a punto de alcanzarlos. En ese momento, uno de ellos movió ligeramente un brazo... estaba vivo.

Mi padre no se lo pensó, entró en la locomotora y apagó las llamas, que ya habían alcanzado los zapatos de uno de los hombres, que seguía inconsciente a pesar de haberse movido. Agarró el cuerpo sacando la cabeza por la ventanilla. Al sentirse incapaz de extraer totalmente el cuerpo del herido, gritó para pedir ayuda a las personas que estaban mirando. Dos de ellos se acercaron y ayudaron a mi padre a sacar desde fuera el resto del cuerpo del maquinista.

Al intentar socorrer al otro ferroviario, mi padre se dio cuenta de que era inútil. Ya estaba muerto. Rápidamente, salió del tren en llamas, mientras la gente que se encontraba en la vía lo miraba con asombro y admiración. Mi padre fue a comprobar el estado del maquinista que habían logrado sacar del tren. Alguien le dijo que se llamaba Alex y que saldría adelante, lo que lo alegró profundamente. Al rato llegaron los bomberos, que en pocos minutos consiguieron extinguir el fuego. Antes de volver, mi padre vio cómo el ferroviario que acababa de rescatar recuperó la consciencia. Mi padre se santiguó, montó a su caballo y regresó a casa.

Al día siguiente, las mujeres del pueblo recogieron de las vías montones de latas de conservas de pescado.

Seis meses después, el tren proveniente de Hamburgo, lleno de pescado del mar del Norte, se paró delante de nuestra casa e hizo sonar su bocina. Cuando mi padre salió de la casa, Alex se bajó del tren y le preguntó:

—¿Eres Peter Hoffmann?

Mi padre asintió, sin entender lo que pasaba. Alex le dijo:

—Me han contado que el capataz de Krippen me salvó la vida con extraordinario valor, poniendo en riesgo la suya.

Mi padre, un poco abrumado, le dijo al joven maquinista de Hamburgo:

—Hice lo que cualquier hombre de bien haría por un compañero. Me alegro de que te hayas recuperado. Recé mucho por ti.

—Gracias, Peter. Estoy convencido de que eres un hombre de bien, pero también de que soy un hombre afortunado de que nuestros caminos se encontraran la noche del accidente.

Los dos hombres sonrientes se fundieron en un gran abrazo. Desde aquel momento, Alex y Peter fueron grandes amigos el resto de sus vidas.

Después del accidente, hubo mucho trabajo. El descarrilamiento se había producido justo en el siguiente tramo de vía, en Schandau. La responsabilidad no era de mi padre, pero todas las cuadrillas, treinta kilómetros antes y después del lugar del accidente, trabajaban sin descanso en la retirada de los vagones y en la reparación de las vías afectadas.

La cuadrilla de mi padre la formaban seis hombres; uno de ellos se llamaba Simón.

Simón tenía diecinueve años y vivía en Ratmannsdorf, a cinco kilómetros de Krippen, en dirección a Dresde y muy cerca de Schandau. Al nacer, hubo problemas en el parto que le causaron una deficiencia intelectual.

Cuando Simón cumplió catorce años, su padre, exferroviario de la cuadrilla de Schandau, intentó que su antiguo capataz acogiera al chico en el grupo. El encargado se negó, argumentando que él necesitaba hombres fuertes y capaces y que su hijo iba a ser un estorbo. Ernst, el padre de Simón, le imploró sollozando, pero el capataz no cambió su decisión.

Al día siguiente, Ernst visitó a mi padre, le explicó el encuentro con su antiguo jefe de Schandau y le rogó que acogiera a Simón.

Mi padre pensaba lo mismo que el vecino capataz; además, su cuadrilla estaba completa. Sin embargo, al mirar a Ernst, pensó en su difícil vida y en que él algún día podría necesitar ayuda y encontrarse en la misma situación. Miró a los ojos a Ernst y le dijo:

—Mira, Ernst, como sabes, mi cuadrilla está al completo y no puedo incorporar a nadie más. Además, el que entre ha de trabajar al mismo nivel que el resto.

Ernst escuchaba atentamente y, al mirar la expresión de mi padre, vio una posibilidad de compasión.

—Pero vamos a hacer una cosa. Contando que Simón es hijo de ferroviario, que venga a trabajar sin cobrar. Si demuestra que trabaja como los demás, cuando haya una baja, la cubrirá él. Con sueldo de aprendiz, por supuesto.

Ernst se emocionó y le dio la mano al señor Peter Hoffmann. Los dos hombres se las estrecharon fuertemente. Al día siguiente, Simón, con su pelo rapado al cero y su gorra de obrero, cruzó el *Carolabücke*, el puente del ferrocarril que cruza el río Elba, y recorrió los cinco kilómetros de vía que hay entre Schandau y Krippen, como haría casi todos los días de su vida.

La noche del accidente, Simón trabajó duro. Sus compañeros lo respetaban, aunque no había sido así desde el principio. Durante los cinco años que llevaba en la cuadrilla, se había ganado el respeto y el cariño de sus compañeros gracias a su dedicación y predisposición al trabajo. Entre ellos tenía el mote de Simon-sí: a cualquier cosa que le pedían, Simón siempre decía «sí».

Los días posteriores al accidente, el trabajo era extremo. Había que retirar los vagones y arreglar la vía en el mínimo tiempo posible. Todas las cuadrillas trabajaban con entusiasmo, pero los hombres de la de Schandau tenían un gran sentimiento de culpa. El descarrilamiento se había producido en el tramo de vía del que eran responsables. La motivación de otros grupos contrastaba con su sentimiento de vergüenza. Después de cinco días, se consiguió reestablecer la circulación.

A la semana, Simón comenzó el trayecto diario de cinco kilómetros con dos horas de retraso. Había pedido permiso a mi padre para entrar a trabajar más tarde porque tenía que ayudar a su madre. Aquel día, nada más cruzar el puente Carola, se encontró con la cuadrilla de Schandau.

—Mirad quién viene, es el tonto Simón.

—¿Dónde vas, Simón? Quédate con nosotros, no seas tonto.

—Tú perteneces a Schandau, ¿qué pasa, que no somos dignos de ti?

Simón se quedó paralizado a pie de vía delante de los envalentonados operarios. Ahí le llegó el primer golpe, seguido de otro. Al principio todos reían, después dos golpeaban mientras el resto miraban sin hacer nada. Finalmente, uno de ellos paró la paliza. Simón cogió su gorra y sin decir nada se alejó por la vía corriendo en dirección a Krippen.

Cuando Simón llegó a la estación de Krippen, los hombres llamaron a Peter. La imagen que vio mi padre lo llenó de rabia. Simón sangraba por la boca, tenía un ojo morado, los pantalones rotos y se había orinado encima.

—¿Quién te ha hecho esto, Simón?

Tembloroso, no pudo contestar, pero mi padre sabía quién había sido.

—Cristian, ven conmigo.

Mi padre y su segundo montaron en Odín y cabalgaron en dirección norte por la vía a la ribera izquierda del río Elba.

Pronto vieron a la cuadrilla de ferroviarios de Schandau. Mi padre se bajó decidido del caballo y se enfrentó a ellos.

—¿Quién ha sido? —preguntó con tono grave.

Al que llamaban el Rata, por su cara de rata, dijo:

—¿Quién ha sido qué?

No estoy seguro de si llegó a acabar la frase. Recibió un tortazo con la mano abierta que le dejó constancia por dos días en su cara de que el capataz Peter Hoffmann tenía cinco grandes dedos en su mano derecha.

Rápidamente, se acercó Hans Volga con un martillo en la mano. Peter sabía que este sí era el principal responsable.

—He sido yo, qué pasa, no soporto a ese tonto tuyo —dijo Hans, levantando el martillo e intentando golpear a Peter.

Mi padre lo esquivó apartando la cabeza, para contraatacar con un certero puñetazo que impactó en la cara de Hans. El hombre

cayó inerte y se golpeó la cabeza en la vía. Sus compañeros fueron a socorrerlo, para enseguida gritar a mi padre:

—Hijo de puta, lo has matado, lo has matado.

Cristian se acercó a Hans. Peter, al ver su expresión, entendió que lo había matado.

Mi padre se echó las manos a la cabeza, montó a Odín y volvió a casa. Nada más llegar, le confesó a mi madre que había hecho algo horrible y que tenía que huir. Ella le suplicó que no se fuera, pero él sabía que si no escapaba le esperaba la horca por asesinato. Cogió su chaqueta, algo de dinero y volvió a la vía. A los pocos minutos, hizo una señal al maquinista del tren con destino Berlín, que, al verlo, bajó la marcha para permitir que mi padre se montara.

Al pasar por Schandau, pudo ver que los hombres ya habían sacado a Hans de la vía. Por el camino mi padre pensaba y pensaba en lo que había hecho. Afortunadamente, no llegó a Berlín. Cambió de idea y se bajó en la estación central de Dresde para ir directo al cuartel de la policía y confesar que acababa de matar a un hombre.

Mi madre fue a verlo al día siguiente. Cuando le comunicaron que se había entregado, se llenó de alegría. Sabía que era lo mejor, porque por suerte Hans había sobrevivido. Ella fue la encargada de decírselo en la celda. Se abrazaron y lloraron. A mi padre lo dejaron libre a los dos días. Alegó legítima defensa, había muchos testigos dispuestos a confirmarlo.

Peter visitó el hospital de Dresde antes de volver. Al entrar en la habitación, vio a Hans; estaba despierto, sentado en una silla al lado de la cama. Peter le preguntó:

—¿Cómo estás, Hans?

Este, sorprendido por la visita, contestó:

—Bien, Peter, un poco dolorido. Pegas fuerte. ¿Y Simón?

—Simón estará bien. Es una persona extraordinaria y lo superará. Me alegro mucho de que estés bien.

Hans, avergonzado, le dijo:

—Peter, siento lo que ha pasado. Soy el único responsable. Supongo que el sentimiento de vergüenza por el accidente nos hizo perder el norte y meternos con el que menos culpa tenía.

Peter asintió y los dos ferroviarios se estrecharon las manos.

—Hans, siento lo que ha pasado. No debería haber ocurrido, cuídate —dijo Peter pensando en que, si se diera la misma situación, volvería a actuar de igual manera.

—Gracias, Peter, yo también lo siento —contestó Hans pensando en que nunca lo volvería a hacer.

Simón no tuvo más problemas con la cuadrilla de Schandau en su viaje diario de cinco kilómetros por las vías a la ribera del río Elba.

Capítulo 2

La escuela y La Condesa, 1905-1908



Otto, sus amigas y la abuela Marlene.



Mi padre, Peter Hoffmann.

Mi hermana y yo íbamos juntos a la escuela, hasta que ella cumplió los doce años y dejó de ir. Aun así, me acompañaba por las mañanas. Yo tenía siete años y por las tardes hacía los dos kilómetros de vuelta solo y muerto de miedo. No había alternativa.

Me gustaba la escuela y era un buen estudiante. El maestro Dieter lo sabía y me ponía en un grupo con niños mayores que yo para que fuera avanzando en las materias. El profesor me tenía en estima y eso era una ventaja. Si no te portabas bien o no estudiabas lo suficiente, te presentaba a Galiana (su vara de abeto de la Baja Sajonia).

En una ocasión, me pilló hablando con mi amigo Josef. La respuesta del profesor fue subirnos a la tarima y ponernos de rodillas. En ese momento, el señor Dieter tiró al suelo el cigarrillo que se estaba acabando y lo pisó con el pie para apagarlo, con la mala fortuna de quedársele pegado al zapato y sin apagar del todo. Bajó de la tarima con su zapato humeante y empezó a revisar los deberes de los otros niños. A Josef y a mí nos entró un ataque de risa. El maestro nos oyó y volvió sobre sus pasos con su estela todavía humeante.

—¿Se puede saber de qué os reís? —preguntó enfadado.

La risa nos traicionó, no podíamos contestar y seguíamos riendo. Galiana golpeó a Josef, que automáticamente pasó de la risa al llanto. Yo seguía sin poder parar de reír, mientras en la clase nadie se atrevía a decir una palabra.

—¿Me decís ahora de qué os reís?

Yo esperaba conocer a Galiana, pero el latigazo volvió a parar a la espalda de Josef y sin mediar palabra le soltó otro.

Pude contener a medias la risa para indicarle el humo que le salía del zapato. Dieter se quitó la colilla, me miró decepcionado y dejó que nos sentáramos. Josef no era buen estudiante, pero sí

un buen amigo, aunque después de aquello dejó de serlo. Ese día entendí por qué no me había pegado a mí. Al no golpearme me infringió el peor castigo: el desprecio del resto de la clase.

Mi relación con el profesor Dieter ya no era igual, pasé de ser su alumno preferido a ser uno más. Dejó de enseñarme materias reservadas para otros cursos y dejó de buscar sentirse didáctico ante un alumno que entendía y razonaba sus explicaciones.

Un día, unos meses después del incidente con el humo del zapato, la clase estaba especialmente revoltosa. Después de varias advertencias, la paciencia del profesor se estaba agotando. Por enésima vez, y mientras escribía en la pizarra, nos dijo:

—Silencio, señores.

Nadie le hizo caso. Era por la tarde y los alumnos estábamos sin prestar atención y con pocas ganas de trabajar. El profesor estaba al límite y se iba calentando por momentos.

—No lo vuelvo a repetir. ¡Silencio, señores!

En ese instante, mi compañero de pupitre lanzó una tiza a otro niño. El profesor lo vio de reojo y creyó que había sido yo. Bajó de la tarima a toda prisa, tiró la colilla al suelo con energía y en menos de un segundo se plantó delante de mí. Me cogió por el pelo y me llevó al encerado.

Yo le suplicaba:

—Señor Dieter, yo no he hecho nada, no he hecho nada.

El profesor no me creyó, me subió a la tarima y me golpeó la cabeza contra la pizarra. Yo gritaba, pero el maestro, enfurecido, me volvió a golpear contra la pared.

Mi reacción, en vez de llorar y pedirle perdón, fue darle una patada en la espinilla, que se vio potenciada por los zuecos de madera que llevaba de calzado.

El señor Dieter emitió un alarido de dolor y me soltó. Yo esperaba el comienzo de una paliza, pero el «bueno» del profesor no hizo ni dijo nada. Cojeando y en silencio subió las escaleras interiores que daban a su casa y desapareció de la clase. La estancia

se quedó muda un minuto hasta que los niños más mayores rompieron el silencio.

—Otto, te la vas a ganar.

—Cuando vuelva, te va a hacer trizas con la vara.

—Se lo dirán a tus padres.

—Te van a echar de la escuela.

Toda la clase estaba en mi contra. No servían mis explicaciones de inocencia. Aquellos compañeros no concebían que fuera capaz de dar una patada al todopoderoso maestro. Me sentía solo y las consecuencias de mi espontánea y temeraria acción me aterraban.

Pasados diez interminables minutos, el profesor abrió la puerta de su casa, bajó las escaleras, subió a la tarima, cogió la tiza y prosiguió con la clase.

Algunos chicos mostraban sorpresa. Otros, decepción. Pero todos esperaban un festival en el que Galiana, la vara del profesor, fuera la estrella invitada.

Al salir de la escuela, fui corriendo a casa. Nada más llegar, le conté todo a mi madre. Ella, comprensiva, me dijo:

—Otto, lo que has hecho está muy mal. Por lo que me dices, fue una injusticia del maestro, pero siempre te hemos enseñado que a las personas mayores se las ha de respetar. Sobre todo, a tu profesor, al que debes estar siempre agradecido por lo que te enseña.

Yo seguía en mis convicciones y, en lugar de arrepentirme de mi acción, la justificaba. No lo había hecho por venganza, había sido una reacción para que dejara de golpearme.

—Ya lo sé, mamá, lo siento mucho, pero yo no tiré la tiza. El profesor me hacía mucho daño contra la pared.

Me acarició la mejilla, pero pensando en el inevitable castigo, la amargura volvió a aparecer en su rostro.

Mi padre llegó a casa antes de lo habitual. Ya le habían contado en la vía lo sucedido en la escuela. Habló con mi madre no más de un minuto y me llamó a su habitación. Al entrar, me miró con gesto serio y me preguntó:

—¿Qué ha pasado en la escuela, Otto?

Yo le expliqué lo ocurrido. Mi versión coincidía en todo con la suya, excepto en el detalle de que yo no había tirado la tiza.

Entonces, me dijo:

—Otto, quítate la camisa.

Obedecí mientras mi padre se sacaba el cinturón. Nunca me había pegado con él; de hecho, no solía pegarnos, a excepción de algún cachete que nos daba cuando en alguna ocasión nos peleábamos mi hermana y yo. Mis padres no soportaban que entre hermanos hubiera peleas.

Sin mediar otra palabra me dijo que me echara en la cama. Yo tenía pavor al cinturón. Muchos de mis amigos, por no decir todos, ya lo habían probado y seguramente muchas veces con menos motivos que yo aquel día. Todos coincidían en que «el dolor era insostenible».

¡Zas!, el primer latigazo me provocó más sorpresa que dolor. El siguiente me reconfortó, sabía que había hecho algo fatal y merecía castigo. Recibí otros cuatro y paró.

Me sentí bien, había aguantado sin quejarme, aunque sabía que mi padre podía haberme pegado bastante más fuerte. En el fondo se sentía un poco orgulloso de mí. El pequeño detalle de quien había lanzado la tiza había cambiado radicalmente su visión del incidente. Pensó: «Este chico es como yo, no soporta una injusticia».

Mi padre salió de la habitación. Mi madre estaba esperando fuera. Al salir, se cruzaron las miradas. Aquella mirada de mi madre estaba cargada de infinidad de sentimientos: desaprobación, comprensión, deseo de que el dolor no fuera desmesurado, amor por los dos hombres que más quería...

Mi madre entró en la habitación con aceite y un paño húmedo y caliente, con la intención de curarme las heridas. Tenía la espalda roja, pero no había heridas. Me untó la espalda con aceite y mimo, y me besó. Salió de la estancia en busca de mi padre y lo encontró pensativo en el salón. Se acercó a él y le acarició la nuca. El rudo ferroviario le cogió la mano y la besó con ternura.

Al día siguiente, mis padres me acompañaron a la escuela, pidie-

ron perdón al señor Dieter y le rogaron que me dejara volver a las clases. El profesor me miró, sonrió y me dijo:

—¿Tienes algo que decir, Otto?

—Sí, profesor, que me arrepiento mucho de lo que hice, pero yo no tiré la tiza...

No me dejó continuar.

—Está bien, Otto, puedes ir a tu asiento.

Miró a mis padres, les agradeció la disculpa y les explico que yo era su mejor alumno y que no iba a tener en cuenta lo que había pasado.

Cuando llegué a casa, mi madre me comunicó el resto del castigo: confiscación por un mes de todos mis juguetes hechos con latas de conservas, tablillas de cajas de fruta, clavos pequeños y ruedas de corcho, así como la prohibición de acercarme, también por un mes, a las vías de madera, clavadas en surcos en la tierra.

Cuando llegaba el verano, íbamos con mi madre a La Condesa. La casa de mis abuelos era una antigua casa de campo que, según decían, había pertenecido a un conde.

Mi bisabuelo Edmund la había comprado en 1859 con las ganancias de la venta de madera. La Condesa estaba cerca de Lichtenhain, un pequeño pueblo próximo a la frontera con Chequia, en las montañas del Elba y a doce kilómetros de Krippen.

La casa había perdido el esplendor del pasado. A la llegada de mi bisabuelo, muchas distinguidas estancias se habían reconvertido en cuadras y almacenes; había una capilla y también una fragua donde se forjaban y reparaban herraduras y todo tipo de herramientas de hierro necesarias en la labranza de las tierras. Lo único de aquella casa que recordaba tiempos nobles era la entrada principal, con su escudo familiar tallado en piedra.

La Condesa estaba en lo alto de un valle rodeado por el río Kirnitzsch, un afluente del Elba, y contaba con unas trescientas cincuenta hectáreas de terreno, de las cuales solo cincuenta eran cultivables. El resto eran colinas y bosques.

A la muerte de mi bisabuelo, se habían dividido la casa y las tierras entre sus dos hijos. Mi abuela Marlene vivía en una parte de la casa, la otra estaba deshabitada. El hermano de mi abuela, llamado Conrad, vivía en Colonia y rara vez visitaba el antiguo caserón.

La Condesa era un sitio precioso, pero yo no quería ir. Veraneaba de junio a septiembre solo, sin amigos con quien jugar, únicamente estaba mi hermana, quien entre ayudar en casa y su gusto por la lectura no compartía demasiado tiempo conmigo.

Me pasaba las horas explorando estancias no utilizadas de la casa, imaginándome cómo sería en el pasado, buscando tesoros escondidos en los muebles llenos de polvo y telarañas. Mi abuela siempre decía que su padre había escondido un gran tesoro en algún lugar de La Condesa.

Todas las tardes, después de comer, mi madre preparaba la merienda y nos bajábamos al río. Era el mejor momento del día. El agua estaba helada, pero daba igual, nos bañábamos y saltábamos desde las rocas. En aquel río aprendí a nadar.

Cada semana nos acercábamos a comprar a Lichtenhain, que estaba a apenas tres kilómetros. Aunque allí sí que había niños de mi edad con los que jugar, mi madre no me dejaba ir solo tan lejos.

Una mañana en la que, como casi todas, estaba totalmente aburrido, vi desde la casa a un grupo de niños que jugaban en una orilla del río.

Fui corriendo a buscar a mi madre y le imploré más que pregunté:

—Mamá, ¿puedo ir a jugar con ellos? Por favor, déjame ir. Solo un rato.

De entrada, no le hizo mucha gracia. Siempre era muy protectora; a veces, demasiado, pero yo la entendía. Siempre regresaba a sus pensamientos la pérdida de mi hermana pequeña.

—Bueno, Otto, pero prohibido bañarse en el río —me contestó resignada.

Asentí feliz y corrí colina abajo. Mi hermana quedó encargada de vigilarme.

Al llegar al río, pregunté ilusionado:

—Hola, chicos. ¿A qué jugáis? ¿Puedo jugar con vosotros?

El que parecía el líder del grupo, un niño unos tres años mayor que yo y llamado Pol, contestó desde lo alto de un árbol:

—Hola, chaval. Estamos haciendo una cabaña aquí arriba, somos de la calle del centro y estamos en guerra con los de la calle de la iglesia. Este será nuestro cuartel general. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Otto y vivo en La Condesa —contesté.

—Muy bien, Otto, yo me llamo Pol. ¿Quieres pertenecer a nuestro ejército?

—Sí, Pol, quiero ser uno de los vuestros —dije con entusiasmo.

Pol se bajó del árbol, se acercó, me cogió del hombro y me dijo:

—Otto, para ser uno de los nuestros tienes que pasar una prueba de valentía. ¿Estás dispuesto?

—Sí, Pol, estoy dispuesto —exclamé excitado.

A Pol se le escapó una sonrisa burlona cuando miró al resto de la banda. Se puso otra vez serio y me dijo:

—Sube conmigo.

Trepamos al árbol por unas maderas clavadas al tronco y que servían de escaleras. A unos tres metros tenían construida una pequeña plataforma que hacía de base del futuro refugio. De una rama, en el lateral izquierdo de la plataforma, colgaba una cuerda en forma de liana. Una vez arriba, Pol me dijo:

—Otto, para demostrar tu valor debes lanzarte con la cuerda. No tendrás de qué preocuparte, si te agarras y te impulsas con fuerza, la cuerda te devolverá a la plataforma.

No lo tenía claro, pero recordé que el plan B era bajarme del árbol y olvidarme de tener ningún amigo en lo que quedaba de verano. Cogí la cuerda, la agarré con fuerza y me impulsé.

Fui, pero no volví. Caí directo en un zarzal lleno de ortigas, que, eso sí, sirvieron para amortiguar mi caída. Mientras estaba allí abajo tratando de salir, rodeado de pinchos y plantas ponzoñosas,

oía las risas de todos los niños. Pol, sin dejar de reír, me ayudó y, finalmente, pude salir de entre las zarzas. Me miró y me dijo burlesonamente:

—Bien, condesito, eres un valiente y te mereces ser de la banda.

Mi primera intención, después de quitarme pinchos y ramas de la ropa, fue dar una patada a Pol y salir corriendo, pero por segunda vez ese día decidí seguir con «mis nuevos amigos».

Pol se subió otra vez al árbol y con voz marcial ordenó:

—Bueno, se acabó la diversión, ahora a trabajar. Traedme todas las piñas que encontréis, nos servirán de munición si se acercan los de la calle de la iglesia.

Todos los que estábamos abajo empezamos a coger piñas y a lanzárselas. Él las recogía desde la plataforma y las apilaba en una esquina. Fue entonces cuando vi la forma de vengarme. Detrás de un árbol, al lado de dos piñas, estaba la cagada fresca de un soldado de la calle del centro. No me lo pensé, embadurné con mierda las dos piñas y se las lancé a Pol, advirtiéndole:

—Jefe, ahí te van dos piñas de las buenas.

Pol las cogió con las manos al vuelo y las apiló con el resto. Inicialmente no se dio cuenta, pero al momento exclamó:

—Hijos de puta. ¿Quién ha sido? ¿Quién me ha tirado la piña llena de mierda?

Pol mostró sus manos con grumos marrones y todos los niños empezamos a reír.

—¡Cabrones, parad de reír! —nos gritó.

Nadie podía hacerlo. Se había tocado la cara y la tenía con restos de mierda. Cuando bajó del árbol, estábamos en pleno ataque de risa. Después de dos capones, todos dejaron de reír. Pol nos miró uno a uno. Al llegar a mí, dijo:

—Vaya, vaya, el condesito nos ha salido valiente de verdad.

El no aguantarme la risa me había traicionado, y no era la primera vez.

No lo pensé en esta ocasión. A la tercera, elegí el plan B: salir corriendo.

—¡Laura, Laura, socorroooo! —gritaba mientras corría—. ¡Lauraaa, Lauraaa!

A menos de cincuenta metros de carrera me derribaron, me embadurnaron de mierda y me llevaron a rastras por la ribera del río Kirnitzsch. Mi hermana me había escuchado y bajaba a toda prisa por la colina. Al verla venir me soltaron y se fueron corriendo.

Al llegar Laura me preguntó sofocada:

—¿Qué ha pasado, Otto? ¿Por qué te han pegado? ¿Y ese olor? Otto... pero si estás lleno de mierda.

—Y además todo ortigado, pero la mierda se la llevó otro primero.

Aquel verano no volví a jugar con aquellos chicos, pero en el futuro Pol sería mi mejor amigo de Lichtenhain.

Un día, semanas después de aquel intento de hacer amigos, estaba subido en el tejado de La Condesa esperando ver llegar a mi padre. La empresa le daba permisos de siete días todos los meses de verano y siempre los pasaba con nosotros en casa de mi abuela. Desde mi posición lo vi llegar. Estaba a unos dos kilómetros e iba montado en su caballo Odín. En aquella ocasión, la llegada de mi padre era más importante para mí. Nos íbamos a ir de caza. Yo ya tenía diez años, lo que significaba que podría llevar mi propia escopeta.

Mi abuela hizo cena especial con lo que había en La Condesa. Tenía animales y aún cosechaba cinco de las mejores hectáreas en la ribera del río. Después de cenar, mi padre nos contó cómo iba todo en la vía. Cuando ya era hora de irnos a dormir, me pidió que me quedara con él.

—Otto, mañana hay que madrugar, pero antes de acostarse tenemos que limpiar las armas, es muy importante que estén perfectas.

Yo escuchaba atento a las explicaciones de mi padre y con sobredosis de excitación.

—Fíjate en cómo lo hago yo, y a partir de ahora será tu responsabilidad que tu escopeta esté siempre limpia y lista para disparar.

—Sí, papá.

Mi padre me dio la que, a partir de aquel día, sería mi escopeta y me explicó cómo desmontarla mientras hacía lo propio con la suya. Fuimos desmontando pieza a pieza, las limpiamos con esmero y las volvimos a montar. Al acabar el trabajo, mi padre examinó mi fusil.

—Lo has hecho muy bien, Otto, ahora a dormir, que mañana hay que madrugar.

—Sí, papá, hasta mañana —le dije orgulloso a mi padre.

A las cinco de la mañana del día siguiente, me despertó:

—Venga, cazador, levántate, los jabalís nos esperan.

Salté de la cama, me vestí a toda prisa y bajé a la cocina. Allí me esperaba mi madre con el desayuno preparado. Devoré unas ricas tostadas fritas con unto de cerdo y endulzadas con azúcar mientras mi padre esperaba fuera de la casa. Al despedirme de mi madre, vi sus ojos llorosos. Era inevitable para ella que le inundara el desasosiego cuando imaginaba algún peligro para sus hijos.

—Adiós, mamá, te quiero mucho —le dije después de darle un beso.

—Adiós, Otto, ten mucho cuidado y haz caso a papá en todo lo que te diga.

Yo asentí. Me acompañó hasta la puerta y con solo una mirada ordenó a mi padre que tuviera todo el cuidado del mundo conmigo.

Después de que Peter intentara tranquilizar a mi madre con otra mirada, comenzamos la caminata.

En el extremo más alejado y montañoso de La Condesa teníamos un pequeño refugio de caza. Eran unos sesenta metros cuadrados en una sola planta, espacio suficiente para un hogar y tres catres.

Tras cincuenta minutos de caminata, llegamos a la pequeña pero acogedora cabaña. Hacía meses que nadie habitaba en ella y, como era habitual, necesitaba urgentes labores de mantenimiento. Repasamos el tejado, limpiamos todo el refugio y arreglamos las

bisagras de una ventana que se había descuadrado. Ya era tarde cuando acabamos el trabajo. Encendimos el fuego de la chimenea y allí asamos costillas de cerdo y salchichas, regadas con rico vino de La Condesa. Después de cenar y jugar un rato a las cartas, nos fuimos a dormir. Había sido un día de duro trabajo, pero lo bueno estaba por llegar.

Al día siguiente, nos lavamos el cuerpo y la ropa para evitar olores que nos pudieran delatar a los animales, cogimos armas y munición y salimos de caza. En aquellas montañas vivían liebres, jabalís, ciervos y zorros. Se podía disparar contra todo, menos a los zorros. Mi padre siempre decía: «Si se mata a un animal es para comérselo».

El año anterior, mi padre me había enseñado a disparar y no lo hacía mal. Pero no era lo mismo disparar a un bote encima de una estaca que a un animal salvaje y libre.

La cabaña estaba a unos veinte minutos del puesto de tiro, colocado este en un árbol, a unos cinco metros del suelo. Era una plataforma de unos dos metros cuadrados desde donde teníamos privilegiadas vistas y la posibilidad de disparo desde distintos ángulos.

Después de una hora subidos en el árbol en riguroso silencio, vimos nuestra primera presa. Era un ciervo adulto, de unos dos años, que pastaba a unos noventa metros de nuestra posición. Estábamos a demasiada distancia para mi arma. Mi padre me susurró:

—Otto, apunta, respira hondo y síguelo con la mirada. Si ves que se acerca a unos treinta o cuarenta metros, disp...

No terminó la frase. Disparé. Mi padre casi me gritó:

—¿Qué haces, Ot...

Tampoco terminó la frase. El ciervo había caído. Bajamos del árbol y corrimos hacia la presa. El ciervo todavía estaba vivo. Mi padre, eufórico, le dio el tiro de gracia. Su hijo de diez años había abatido a un ciervo en su primer tiro a más de noventa metros. Fue a abrazarme cuando se dio cuenta de que yo estaba llorando.

—¿Qué pasa, Otto? —me preguntó.

—Papá, lo he matado, yo no quiero que muera —le dije entre sollozos.

Mi padre pensó que se me pasaría, pero la imagen de los ojos del ciervo agonizando se grabaron en mi memoria, acompañándome el resto de mi vida.

Nunca más fui de caza con mi padre y nunca más disparé contra un ciervo. Pero en mi vida volvería a matar... y mucho más de lo que hubiera deseado.